

V Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, San Felipe, 2004.

Espacios Cotidianos como Determinación de Ambientes Tecnológicos.

Nelson Vergara.

Cita:

Nelson Vergara (2004). *Espacios Cotidianos como Determinación de Ambientes Tecnológicos*. V Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, San Felipe.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/v.congreso.chileno.de.antropologia/52>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evNx/ysx>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Espacios Cotidianos como Determinación de Ambientes Tecnológicos

Nelson Vergara*

Resumen

El trabajo desarrolla, en primer lugar, una idea del espacio entendida como producto de ambientes creados y determinados por los medios de comunicación en cuanto éstos son comprendidos como tecnologías. A continuación se refiere a las características que definen los espacios acústicos en sus relaciones con la palabra hablada, lo que constituye a lo menos uno de los aspectos que se describen con el nombre de *oralidad*. Finalmente deja abierto el camino para una aproximación coherente con los actuales espacios acústicos generados por la comunicación electrónica.

Palabras Claves: oralidad, medio, mensaje, espacio, sensibilidad.

El espacio, como parte insoslayable de toda biografía es, junto con el tiempo y el lenguaje, una de las experiencias identitarias más profundamente inscritas en el alma de los pueblos. Nunca ha sido, para nadie, un mero entorno, algo encontrado por azar, autónomo e indiferente. Por el contrario, es algo que se busca y, en cualquiera de sus formas (como ambientes, lugares, territorios), es siempre un todo de perspectivas que se actualizan con relación a quienes los viven. Por esto hay una relativa afinidad entre la sensibilidad colectiva y el entorno. Las huellas que estas relaciones dejan se incorporan como sedimento en sus memorias y las señalan con fuerza, según el modo de la pertenencia o de la extrañeza, de la proximidad o de la distancia. La experiencia del exilio y la experiencia del retorno son pruebas fehacientes. Ni qué decir de la experiencia religiosa del entierro.

Por lo tanto, de tal pertenencia, proximidad o afinidad, no se sigue que la relación con el espacio sea de armonía: la realización de los proyectos, personales o colectivos, abre camino también a la diferencia, al desacuerdo, al desencuentro, a la polémica y, eventualmente, a la violencia física, como lo muestra el devenir concreto de toda cultura, principalmente en sus avatares internos.

Que la experiencia del espacio sea tan central en la vida humana y que haya despertado tantos imaginarios en la historia se debe, en lo esencial, a que tal experiencia forma parte de la vida en su dimensión más elemental e inmediata: la cotidianidad entendida como experiencia común, como vida compartida diariamente. Y como la vida humana no es ubicua, funciona siempre “en terreno”, se localiza en lugares, se sitúa en circunstancias que contemplan el espacio como una base estructural. A esta topografía de la vida en común, llamamos, con Humberto Giannini, *espacios cotidianos*, los que, a su juicio, pueden ordenarse según el trayecto típico de la cotidianidad, en domiciliarios, callejeros y laborales¹. En este trabajo nos referiremos, sin embargo, al espacio en términos genéricos: como el “ahí” natural-cultural en que se realiza lo cotidiano de una comunidad cualquiera o una sociedad cualquiera, y que sus habitantes reconocen como de su propiedad, al tiempo que intentan, a veces con mucho esfuerzo y sacrificio, transformar en algo hospitalario, en un sitio habitable, en una morada. Por esto, el espacio es un asunto complejo, lleno de tensiones que suscitan y traducen sensibilidades, estados de ánimo y alteraciones constantes de quienes los habitan. Todo esto va quedando señalado en las huellas de la comunicación, en el ámbito, a veces familiar, a veces extraño de las palabras y la memoria. No es por tanto algo quieto el espacio, sino un mundo contenedor de mundos que chocan, a veces convulsivamente. “Pólemos (decían los antiguos griegos), es el padre de todas las cosas”. Esto es, la lucha, la guerra, el antagonismo, el conflicto. De tal situación genérica se nutren nuestras relaciones con el entorno. Y sus huellas son la expresión de vivencias contenidas en los modos de experimentarlos. Así, la experiencia espacial es una trama entre nosotros y los mundos en derredor y, en tanto tejido, esa trama refleja la interacción, sus estilos y sentidos.

* Magister en Filosofía, Académico del Dpto. de Humanidades y Arte de la Universidad de Los Lagos, Investigador asociado al Centro de Estudios Regionales de la Universidad de Los Lagos. E-mail nvergara@ulagos.cl

Pero, hemos indicado que las configuraciones y las vivencias ligadas a ellas, no surgen al azar o arbitrariamente: conectadas con la comunicación, son subsidiarias de modelos de sensibilidad y percepción que se generan en el ejercicio social de esos modos comunicativos, los que, en última instancia, resultan de la dialéctica entre la constitución técnica del lenguaje y ciertos estados colectivos de creencias. En esta relación, es siempre la figura tecnológica que asume la palabra, quien, en cada caso de la trama, inicia el "diálogo". El otro elemento, tan activo como el señalado, por cuanto refiere a procesos, a interacciones, es el ambiente en el cual se inserta la palabra, instalando su mensaje, profundizando o poniendo en jaque la estructura del ambiente².

Pero, ¿cómo el espacio, el lugar, el territorio puede convertirse, en virtud de la palabra, en la expresión de relaciones, de procesos de representación y de interacción social? La conjetura fundamental que acogemos dice que, todo modo de comunicación, por su índole técnica, es portador o generador de consecuencias personales y colectivas que se realizan objetivamente, configurando así un sistema de conexiones entre los hombres y su entorno, incluyendo aquí sus propias representaciones subjetivas. Estos efectos que McLuhan denomina "mensaje" es lo que, en principio, y en tanto sistema de relaciones, constituirán a todo ambiente tecnológico, los que estarán entonces en la base de esos procesos, como modelos o paradigmas de percepción y acción, desplegándose de acuerdo a la índole y dinámica de los modos comunicativos, es decir, dialécticamente³.

En consecuencia, habrá espacios que se determinarán según la dominante comunicativa, dando origen y desplegándolos como acústicos, visuales y acústico-visuales. Así, dice McLuhan, toda cultura tiene un modelo favorito de percepción y acción y tiende a imponerlo a todo y para todos. De este modo, las estructuras tecnológicas de los medios comunicativos se transferirán al espacio y a las relaciones que los hombres establezcan con él, condicionando por esto no solamente los aspectos intelectuales, sino que también las dimensiones sociales y culturales. Ahora bien, ¿cómo se despliegan culturalmente estos mensajes?

Situémonos en el espacio acústico. Pero antes, algunas precisiones. En este trabajo, las referencias al espacio acústico abarcan en principio tanto a los espacios de la oralidad primaria⁴ como a los de la actual oralidad introducida por los medios de comunicación electrónica, por lo que se presentan de un modo abstracto e ideal. La razón de esto es que estamos interesados en la cons-

trucción de un modelo unificado que pueda ser útil en futuras y eventuales investigaciones empíricas. En este contexto es sin embargo la oralidad primaria la que tiene preeminencia.

Según McLuhan, este espacio es, originariamente, una creación de la palabra hablada⁵. Precizando la pregunta, diremos entonces: ¿cómo es que los caracteres de la comunicación oral se transfieren a los ambientes y, en sentido estricto, a los espacios?

Una aproximación adecuada nos parece que debe empezar por revelar la naturaleza o índole de este modo comunicativo y, a partir de ahí, poner de manifiesto sus consecuencias.

En lo esencial, se ha establecido que lo característico de la palabra hablada es su condición de fenómeno acústico, su realización como sonido: es acontecimiento sonoro y como tal se gesta, sucede y se agota en ese dinamismo sensible, a tal punto que si el suceso se detiene, desaparece como sonido y, en el ámbito de la sensación y percepción, queda reducido a nada, a pura ausencia. Hablar y escuchar, entonces, es formar parte de ese dinamismo, es incorporarse a un evento que en sí no tiene permanencia, que es finito, perecedero, o como dice Walter Ong⁶, evanescente, y como evanescencia se lo percibe y representa. Por esto la voz, el habla, para estar en presencia, que es el único modo en que puede estar, debe constantemente realizarse en sonido. No hay modo de detenerlo o de contenerlo sin destruirlo, señala W. Ong, ya que si lo paralizamos, es desplazado por el silencio. De aquí que este autor concluya que para el sonido no hay equivalentes a las tomas fijas: "Un oscilograma es mudo -dice-. Se ubica fuera del mundo del sonido"⁷.

Transferida al ambiente, la palabra hablada constituye y configura un sistema de relaciones cualitativas, concretas, un mundo viviente y sensorialmente activo en el que se desenvuelven interacciones de participación intelectual, afectiva y social dadas como relaciones de implicación y compromiso de todo con todo, las que para tener vigencia y realidad, tienen que ser reiteradas constantemente, actualizadas día a día. Representaciones de la imaginación y de la memoria, conductas profundamente ritualizadas, e interacciones cara a cara, forman parte de un conjunto de exigencias de este espacio. La palabra hablada se transfiere a él bajo la forma de metáfora que, material y simbólicamente, queda representada en las vivencias y objetivadas en el mito o en la magia, poderes que son atribuidos y asimilados a la palabra, a la continuidad de la palabra. En este sentido el espacio parece traducir la condición sonora en la con-

figuración de sus representaciones: oímos la realidad. Entonces se le concibe como por analogía con el sonido de la palabra y de esta forma se presenta con los irreductibles caracteres del drama y la emoción, es decir, con los caracteres de la interdependencia y de la afectividad compartida, profundamente social y corporativa. Por eso, en este mundo que McLuhan llama “mágico y resonante de relaciones simultáneas”, ya que el sonido no obedece a un punto focal ni emerge de algo así como lados o caras de las cosas, no cabe la emergencia de lo personal-individual, del hombre separado de la comunidad, como tampoco facilita la escisión o fragmentación mental, por ejemplo la separación entre pensamiento y acción. “Las culturas orales -dice McLuhan- accionan y reaccionan a un mismo tiempo”⁸ conformando una unidad orgánica, férreamente cohesionada por las tradiciones.

Plural, discontinuo, finito, el espacio acústico es un espacio totalizador y totalizante. Y, en virtud de la magia resonante de la palabra, no parece ser sino la prolongación del organismo social en el entorno, entorno del que no puede separarse porque se requieren mutuamente, se confunden, se son recíprocos y unánimes. El lenguaje mismo, la propia palabra hablada es una acción que desata reacciones, no las difiere, conecta o separa en la acción misma, por ella misma, al ser proclamada, porque se realiza en vistas de la acción o interacción y no de la reflexión. El cuerpo viviente del lenguaje en una cultura oral, afirma E. Havelock, “es un flujo de sonido que simboliza un río de acciones, un dinamismo continuo expresado en una sintaxis de conducta o, si se prefiere el lenguaje de la filosofía contemporánea, una sintaxis “realizativa”⁹.

En suma: en una cultura en que el alfabeto no se presenta todavía, así como en buena medida también en aquellas en la que la electrónica es una alternativa a la palabra escrita, el orden de las cosas pasa lejos de la linealidad, homogeneidad y fragmentación propios del mensaje visual que la escritura, especialmente alfabética, promueve y favorece. Tal es el caso de las culturas orales. Los objetos de estos mundos, acota McLuhan, “resonaban unos con otros. Para el hombre de las cavernas, el griego montañés, el cazador indio (de hecho, incluso para el chino de Manchuria en nuestros días) el mundo tenía múltiples centros y era reverberante”¹⁰.

Esta idea es particularmente significativa en nuestro tiempo, por cuanto a lo menos en un sector importante del pensamiento actual, el creciente cuestionamiento de todo centro al modo en que fuera instaurado por la racionalidad moderna, junto con la pérdida de la linealidad en la

concepción de la historia, tal como lo expresa G. Vattimo, y el cuestionamiento de lo que J.F. Lyotard ha denominado como los grandes relatos legitimantes, es uno de los signos más decisivos de que las cosas parecen haber entrado en un nuevo orden, reinstalando una sensibilidad y percepción que nos recuerda la oralidad tribal donde, a juicio de McLuhan, “el orden del tiempo ...era circular y no progresivo. La imaginación acústica moraba en el reino del flujo y del reflujo, el *logos*... El habla, antes de la era de Platón, era el depósito glorioso de la memoria”¹¹. Y en un texto que conecta estas condiciones con el poder mágico de la palabra, dice que en las sociedades primitivas, la dicotomía clásica de esto o aquello no es la única posibilidad. “También está el ambos”¹², el “a la vez” que regirá al pensamiento más reciente. “Volvemos, dice en *La comprensión de los medios*, a la forma inclusiva del ícono”¹³.

Tenemos aquí, entonces, una clave, un registro que nos permite ingresar a un aspecto esencial del mundo oral y sus espacios acústicos, primarios o secundarios, mundos donde todo va sucediendo al mismo tiempo, instantánea y simultáneamente, “en un estado de flujo constante. Para el verdadero hombre tribal no hay causalidad, nada ocurre en línea recta”, dice McLuhan¹⁴. Por tanto, en un mundo heterogéneo y plural como éste, donde lo que domina es la instantaneidad y la simultaneidad, no puede dominar la cronología. Por esto el tiempo y la mentalidad, al igual que el espacio, se aproximan al círculo¹⁵, y por ello, al retorno.... y al mito.

El espacio acústico es, entonces, en razón de la palabra hablada, un entorno encantado, un lugar en que lo sagrado atraviesa todos los ámbitos. Y es este entorno encantado el que, por efecto de los ambientes visuales del alfabeto, resulta profundamente cuestionado después. Pero sabemos que acaso retorna hoy día en virtud de los ambientes eléctricos. Por lo menos la idea ha sido desarrollada ya y no simplemente sugerida como eventual, al referir un real y no imaginario reencantamiento de los mundos contemporáneos, donde todo parece tener cabida, o a lo menos derecho a la coexistencia. Pero esto trae algo más: por lo pronto, la revalorización de la voz, de la emoción, de la memoria.

Notas

¹ Humberto Giannini, *La “reflexión” cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia*.

² Hablamos de “ambiente tecnológico” en el sentido propuesto por Marshall McLuhan.

³ Cfr M. McLuhan, *La comprensión de los medios...C. 1*: “El medio es el mensaje”.

⁴Walter Ong, *Oralidad y escritura*.

⁵Cfr M. McLuhan, *La Galaxia Gutemberg...*; *La Comprensión de los medios...*

⁶W. Ong, *op.cit.*, p. 37.

⁷W. Ong, *Op.cit.*, p. 39.

⁸M. McLuhan, *La comprensión de los medios...*p. 117.

⁹Eric A. Havelock, *La musa aprende a escribir*, p. 111.

¹⁰M. McLuhan y B.R. Power, *La Aldea Global*, p.50.

¹¹Idem, p. 50.

¹²Idem, p. 52.

¹³M. McLuhan, *La comprensión de los medios...*, p.35.

¹⁴M. McLuhan y B.R. Power, *op. cit.*, p. 53.

¹⁵Idem, p. 54.

Bibliografía

GIANNINI, H., 1999. *La "reflexión" cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia*. Universitaria, quinta edición, Santiago de Chile.

HAVELOCK, E. A., 1996. *La musa aprende a escribir*. Paidós Ibérica, Barcelona.

MCLUHAN, M., 1969. *La galaxia Gutemberg, Génesis del homo typographicus*. Aguilar, Madrid.

MCLUHAN, M., 1993. *La comprensión de los medios como las extensiones del hombre*. Diana, 12ª impresión, México.

MCLUHAN, M. y B.R. POWER, 1993. *La Aldea Global*. Gedisa, Barcelona.

ONG, WALTER, 2002. *Oralidad y escritura*. FCE, 5ª reimpresión, México.

Antropología de los Límites: Racionalidad, Espacio y Devenir

Francisco Ther Ríos*

Resumen

La Antropología que se enuncia se origina en saber a la realidad como relativa e incierta, desde ahí ésta busca situar-se en los procesos y abrir acontecimientos, al tiempo que gusta de la reflexión y acción en el tiempo.

En las líneas que siguen se trabaja con la idea que el orden no es absoluto ni válido para todos en todo lugar y momento, antes bien el orden tiene por sobretodo una escala local. De manera que la apuesta es a que con la *Antropología de los límites* el espacio se constituye en una suerte de superficie de profundidad tratable: esta antropología considera que existe una estratificación que habla del tiempo, pero también una extensión espacial que se da en el tiempo.

El ensayo se divide en cuatro apartados: en el primero se señala la necesidad de contar con una epistemología del territorio. En el segundo apartado se establecen diferencias entre el acto de conocer y la acción de comprender el territorio. Para posteriormente comentar posibilidades investigativas referidas al territorio a partir de la *Antropología de los límites*. Con lo anterior, se enuncian posibilidades para actuar/intervenir a través de modelizaciones en los llamados sistemas territoriales dinámicos (específicamente contextos locales). En este último apartado se hace hincapié también en el hecho que el compor-

tamiento humano se ha ido configurando desde siempre en tiempo que busca territorializarse.

Palabras Claves: devenir, territorio, complejidad, sociedad local.

Introducción

Sí el cartesianismo tradicionalmente ha partido de los conocimientos y competencias disciplinares, cuestión que ha redundado en una verdadera crisis del desarrollo, la *Antropología de los límites* parte con el reconocimiento (develamiento) esencial de las redes de coordinaciones, es decir, se trabaja intentando hacer inteligible un conjunto de emergencias a partir de la relación entre discursos, hechos y poderes que tratan sobre el territorio y el desarrollo, avanzando incluso hacia una potenciación del territorio local en el sistema-mundo. De manera implícita, el análisis de estos procesos exige la aplicación de nuevos enfoques y métodos que contienen el doble desafío: primero, estar abiertos a la reflexión y, segundo ser posibles de aplicar a la realidad local inmediata.

* Docente e investigador del Centro de Estudios del Desarrollo Local y Regional de la Universidad de Los Lagos. Dirección Postal: Calle Lord Cochrane 1225, Osorno, Chile. Chile. Fono/fax: 56-64-333583. E-mail: fther@ulagos.cl